

Mi último deseo

Francisco Javier Monroy Sais

Image not found.

Capítulo 1

Mi último deseo

A doña Carmen, quien como muchas mujeres adultas mayores tienen que afrontar la pérdida de su compañero de vida y tienen que luchar por la armonía de su familia.

Son las 10:00 de la mañana en la Ciudad de México, parece que poco a poco el ritmo acelerado de la ciudad se transforma para dar paso a otra jornada típica. A esa hora, muy cerca del aeropuerto Benito Juárez, doña Guillermina se encuentra recostada en su cama, lleva cerca de tres semanas sin poder moverse debido a un accidente que le provocó una herida en su pie derecho.

Guillermina tiene cerca de medio siglo viviendo en la misma casa. Ella recuerda aquellos años en que llegó a la ciudad de México junto con su esposo en busca de una mejor calidad de vida. Recuerda que, junto con otro grupo de personas del mismo pueblo de procedencia, llegaron a las afueras de la ciudad, vieron un terreno vacío y dijeron: "Pos aquí está chido para hacer una casita".

Su esposo, Don Eulalio Carrasco, había aprendido la técnica familiar para construir todo tipo de sillas y mesas de madera. Así que, con más necesidad que pasión, Don Eulalio pasaba día y noche en un cuartito, que él mismo había construido dentro de su casa, para fabricar sus piezas de madera.

Fue así que, poco a poco y con muchas altas y bajas, Doña Guillermina y Don Eulalio lograron pasar de tener el pequeño taller de mesas y sillas en un cuartito de su casa a tener su propia fábrica a una cuadra de su casa, lograron hacer crecer su casa poco a poco y lo más importante, lograron formar y educar a una familia compuesta por cuatro hijas y dos hijos.

Doña Guillermina siempre estuvo al cuidado de sus hijos y también ayudaba en todo lo que fuera necesario en el negocio familiar de las mesas y las sillas. Ella no tenía que preocuparse por tomar decisiones, porque, para bien o para mal, Don Eulalio decidía y ella obedecía.

Paso el tiempo velozmente y sin darse cuenta, sus cuerpos ya estaban arrugados, y aunque dos de sus hijos continuaron con el negocio familiar, tanto Guillermina como don Eulalio seguían yendo todos los días a la fábrica de muebles a trabajar. Hasta que un día, Don Eulalio no pudo levantarse de su cama por un agudo dolor que sentía por debajo de su hígado. Por más que intento hacerse el fuerte, no logró pararse de la

cama y tuvieron que llamar al médico para atenderlo.

El médico revisó a Don Eulalio y con la típica mirada fruncida que hacen los doctores cuando algo no anda bien, dijo:

-Don Eulalio, esto no se ve nada bien, vaya lo antes posible al hospital para hacerse un estudio.

Unos días después de la visita del doctor, con más escepticismo que convicción, llevaron a Don Eulalio al Hospital General de la Ciudad de México. Fueron las peores 12 horas en la vida de Guillermina y Don Eulalio. 2 horas sumidos en el tráfico mañanero de la ciudad, 3 horas esperando turno, 3 horas haciendo análisis, 3 horas y 59 minutos esperando resultados y finalmente, el peor minuto de sus vidas cuando salió el doctor a la sala de espera y les dejó:

-No les voy a mentir, los estudios no muestran nada bueno, sin embargo, vamos a seguir revisando para dar un diagnóstico más correcto.

Ese día fue el inicio de la etapa más difícil de la vida de Don Eulalio y Doña Guillermina. Fueron prácticamente 14 meses, doce días y siete horas lo que le tomó al cáncer de Don Eulalio Carrasco acabar con los ahorros de toda su vida, derrumbar la armonía de su familia y poner fin a su vida.

Doña Guillermina era la típica mujer que aparentaba ser fuerte en todo momento aunque por dentro se estaba carcomiendo. Durante todo el tiempo que Don Eulalio estuvo enfermo, ella lo cuidó con el mejor sentido del humor y jamás mostró ni un rasgo de hartazgo, cansancio o sufrimiento, sin embargo, por más que quisiera disimular esa tranquilidad para no preocupar a su familia, sus grandes ojos cafés la delataban enseguida.

El cáncer que había desgastado poco a poco a Don Eulalio hasta dejarlo sin vida parecía que había sido transmitido a Doña Guillermina porque, en cuanto murió su esposo, ella empezó rápidamente a deteriorarse. Su hija menor, Florencia, decía que el deterioro se debía a la deuda que su madre tenía con ella misma por tanto tiempo de hacerse la fuerte hasta que, después de haber cuidado a su esposo por tanto tiempo, su cuerpo le cobro la factura. Tomás, el tercer hijo, pensaba que se debía a la tristeza por la pérdida de su compañero de vida y el médico que la atendía decía que era por falta de proteínas. No sé quién tenía razón, tal vez alguno de los hijos o el médico, tal vez ambos o tal vez ninguno, lo que era una realidad es que Doña Guillermina ya no era la misma, parecía que había perdido sus fuerzas.

Fue así que, Doña Guillermina paso de ser una mujer cuidadora a una mujer cuidada. Por más que ella detestará el hecho de tener que ser cuidada por sus hijos, tenía que hacerlo. Para ella, no había peor

sentimiento que él de sentirse como una carga, aunque, por más que se lo dijera su hija menor, su principal cuidadora, jamás sería una carga, siempre sería su madre, la mujer más importante en su vida.

Sin embargo, a pesar de contar con el apoyo de su hija y sus otros hijos, Doña Guillermina prefería confinarse al rincón de su cuarto para, según ella, no causar mayores inconvenientes. Era así que pasaba día y noche en su cuartito, a veces, si su humor y energía se lo permitía, leía un poco las novelas de realismo mágico de Gabriel García Márquez o veía alguna de las novelas que pasaban en la televisión.

Florencia, su hija menor, la cuidaba prácticamente todo el tiempo. Siempre estaba al tanto de ella y al igual que cuando su madre cuidó a Don Eulalio, Florencia nunca mostraba su cansancio, frustración o problemas, al revés, siempre la atendía de la mejor manera. Para ella, no había nada más importante que el cuidado de su madre.

Además de Florencia, también sus hermanos apoyaban y cuidaban de su madre en la medida de sus posibilidades. Clara, la segunda hija más grande y que también vivía en la misma casa junto con Florencia y doña Guillermina, era la principal encargada de la pequeña y deteriorada fábrica familiar de muebles y cuando su tiempo se lo permitía, pasaba a ayudar a su madre en las noches cuando regresaba de trabajar. Sus otras dos hijas, Guadalupe y Fernanda, aunque vivían también en la misma ciudad, el tráfico y sus deberes como profesionistas y madres al mismo tiempo les impedían pasar a verla cotidianamente, sin embargo, siempre pasaban aunque fuera una vez a la semana para ver cómo estaba su madre. En cuanto a sus dos hijos, Ramón y Luis, ellos prácticamente no la veían o la visitaban una vez cada 6 meses porque ambos vivían fuera de la Ciudad de México.

A pesar de la atención diaria de Florencia a su madre y el apoyo acordado entre los hermanos para ciertos cuidados, los cuatro meses siguientes a la muerte de Don Eulalio fueron sumamente caóticos tanto para la salud de Guillermina como para la situación familiar entre los hermanos. En ese tiempo, Doña Guillermina pasó por dos gripas, una neumonía, una infección en el estómago y la pérdida de más de 10 kilos. Además de la mala salud de Doña Guillermina, la situación entre los hermanos cada vez empeoraba más y más principalmente a causa de los problemas económicos.

Las peleas entre Clara y Florencia se hacían cada vez más constantes e intensas, hasta el punto de no tolerarse y hacer de la vida en casa un verdadero infierno. Florencia, que había decidido voluntariamente dedicarse de cuerpo y alma al cuidado de su madre y que había renunciado a su trabajo como maestra de primaria, poco a poco se iba fragilizando y debilitando hasta el punto de quedar vulnerable emocionalmente. Clara, que había quedado a cargo del negocio familiar

lleno de problemas y deudas, cada vez se iba haciendo más prepotente y mandona.

Las discusiones entre ambas llegaron a ser cosa de todos los días, generalmente, Clara le recriminaba a Florencia que no aportaba nada a la casa mientras ella se metía unas chingas para sacar adelante el negocio familiar y los gastos de la casa. Siempre discutían lo más lejos de su madre Guillermina, no querían que se enterara de su situación, tenían miedo de que se desgastara más de lo que ya estaba.

Sin embargo, por más que doña Guillermina hubiera perdido sus fuerzas, no era ninguna ingenua, ella se daba cuenta de cómo iba de mal en peor la relación de sus hijas y como cada vez era más hostil el ambiente en su casa, pensaba que ella era la culpable de la situación tan difícil que vivían, que era una inútil por estar prácticamente marginada a su cuarto sin cooperar ni en las labores de la casa ni mucho menos en el negocio.

Ante esto, Guillermina no quería causar ningún inconveniente, según ella, no quería causarles más cargas de las que ya tenían sus hijas. Volvió a hacerse pasar por una mujer fuerte y que se encontraba bien, que no necesitaba mucha ayuda y de esta forma, aligerar un poco los problemas de su casa.

Una noche Guillermina se levantó de su cama para buscar un vaso de agua de limón que había dejado en una mesita de madera en la esquina de su cuarto. Al momento de salir de la cama se resbalo por no pisar firmemente y se cayó poniendo todo el peso de su cuerpo sobre su pie derecho. Con todas sus energías se levantó del piso aún a pesar del inminente dolor que sentía, ella solo pensaba en no hacer mucho ruido para no levantar a sus hijas y preocuparlas. Lo logró, nadie se dio cuenta de su caída e intentó volver a dormir ese día, sin embargo, el dolor se lo impidió.

A la mañana siguiente, como era costumbre, Clara se preparaba rápidamente un café antes de salir a trabajar a la fábrica de muebles. Siempre estaba apurada, y más últimamente, casi nunca tenía tiempo de atender a su mamá, sin embargo, ese preciso día, decidió verla antes de salir a trabajar. Al entrar al cuarto, lo primero que vio era el vaso de agua de limón derramado en el suelo y cuando llegó a ver a su madre totalmente pálida y con su pie derecho hinchado, Clara se puso histérica, estaba rabiosa, pensaba que lo único que tenía que hacer su hermana Florencia era cuidar a su madre y que ni eso podía hacer bien.

Clara levantó a todos en la casa gritando:

-¡Nuestra madre está muy grave, todo es tu culpa Florencia, lo único que tienes que hacer y lo haces mal, de seguro ni te importa lo que le pase a

nuestra madre!

En ese momento se reunieron las dos hermanas en el cuarto de Guillermina. Florencia, entre lágrimas, recibía sin defenderse o argumentar nada en su favor todos los reproches y recriminaciones entre los aullidos explosivos de su hermana Clara, quien básicamente decía que era una buena para nada y que si moría su madre sería por su culpa, mientras tanto, Guillermina, sucumbida por la pelea entre sus dos hijas, trataba de explicar que había sido su culpa y que realmente no era grave; pedía, desesperadamente, que ya no pelearan y se preocuparan tanto por ella.

Después de la escena, y un poco menos alteradas, llamaron a Felipe (Apellido), el médico de mayor confianza entre la familia, para que atendiera a Guillermina lo más pronto posible. Ya en el cuarto los cuatro, Felipe, que estaba más consternado por el ambiente hostil en el cuarto que por la lesión de Guillermina, les mencionó a las hermanas los cuidados necesarios que debía de tener su madre para curar su lesión lo más pronto posible.

Felipe, antes de irse, les pidió a Florencia y a Clara que lo dejarán un momento a solas con su madre para hacerle una última revisión de rutina. Ya solos, Felipe le dijo que en realidad no iba a hacer ninguna revisión de rutina, que realmente pidió estar a solas con ella porque sentía que más allá de la lesión en el pie derecho, había otra problema mucho más grave. Doña Guillermina, conteniéndose el deseo inmenso de contarle al doctor toda la tristeza acumulada en ella por ver como poco a poco su familia se destruía y ella no podía hacer nada, volteó a ver al doctor, y con un gran esfuerzo para que su dolor no fuera descubierto, con una forzada cara amable le respondió que no había nada de qué preocuparse, las típicas cosas que pasan en las familias.

El doctor Felipe no era ningún ingenuo, además de que sabía muy bien que Doña Guillermina prefería hacerse la fuerte antes de mostrarse vulnerable, así que como era de esperar, no le creyó nada, sin embargo, en vez de seguir insistiendo, aceptó su respuesta. Felipe, antes de despedirse, le dio la última indicación a doña Guillermina, diciéndole que, como parte del tratamiento de recuperación de su pie derecho, iba a pasar a visitarla otro doctor en los siguientes días para ver la evolución de la recuperación.

Unas semanas después, se presentó en la casa de la familia Carrasco el supuesto doctor que iba seguir la evolución de la recuperación del pie derecho de Guillermina. Eran alrededor de las 10:00 de la mañana, Florencia ya esperaba al doctor y lo guió hacia el cuarto donde se encontraba Guillermina recostada en su cama. El doctor agradeció a

Florencia y le pidió que lo dejara solo con su madre para la revisión.

El doctor, un hombre de mediana edad, que vestía con pantalones azul marino y camisa clara y que transmitía con tan solo su presencia una enorme serenidad, se dirigió sigilosamente hacia la cama donde se encontraba doña Guillermina, puso su mano en su hombro izquierdo y la saludó con un beso en la mejilla. Guillermina, por un lado, estaba totalmente extrañada de tanta confianza, pero por otro lado, sentía una gran seguridad a lado de esa persona.

El doctor le dijo que antes de revisar la evolución de la lesión del pie, le iba realizar una serie de preguntas de gran importancia para su tratamiento. Fue así que, durante más de dos horas y media, más que un interrogatorio, el doctor y Guillermina platicaron como dos viejos amigos de toda la vida. El doctor, que al mismo tiempo que ganaba más confianza de ella, iba realizando preguntas más íntimas, hasta lograr lo que prácticamente nadie había hecho, hizo que Guillermina mostrara sus sentimientos.

Guillermina le contó como su vida y la de su familia se había venido abajo desde que enfermó su esposo. Le contó cómo poco a poco iba muriendo su esposo y al mismo tiempo se iba acabando su patrimonio, se iba deteriorando su propia salud y cómo iban aumentando las peleas y discusiones entre sus hijas. Le dijo, entre lágrimas, que su mayor temor, mucho mayor que la muerte, era ver como se destruía su familia y que lo que más le importaba era ver a sus hijos felices y juntos más allá del día de su partida. Después de ese suceso, el doctor le dijo que realmente no había venido a revisar su pie derecho, que de hecho, ni era doctor, que realmente era un buen amigo del doctor Felipe y que éste le había pedido verla porque él sabía que algo la estaba carcomiendo por dentro, algo mucho más fuerte que cualquier enfermedad o herida en el pie. Le pidió una disculpa por haberle mentado, sin embargo, sabía que era la única forma de poder lograr hablar con ella sinceramente.

Guillermina, que por un momento se sintió molesta por la mentira de aquel doctor que no era doctor, después sintió un gran alivio al haber contado sus mayores inquietudes. Aquel hombre le pidió a Guillermina que escribiera una carta con sus mayores anhelos, le dijo que no importaba si no la mostraba a nadie, pero sí ella lo quería, él estaba dispuesto a visitarla cuando ella lo necesitará. Dicho esto, aquel hombre le dejó un papel con su número y se despidió con un abrazo de Guillermina no sin antes decirle que el doctor Felipe le mandaba a decir que probablemente ya podía caminar desde hace un par de días, que realmente no había sido tan grave la lesión en el pie derecho.

Guillermina no les contó a sus hijas lo que había pasado ese día con el doctor, solamente se limitó a decirles que todo había salido bien y que la lesión en el pie derecho estaba sanando como se esperaba. Pensaba

mucho en lo que había hablado con aquel hombre y aunque estuviera un poco escéptica sobre la carta, decidió escribirla, aunque no se la mostrará a nadie.

Fue así que, durante los siguientes días, Guillermina, sin que su familia se diera cuenta, se dedicó a escribir la carta. Reflexionó mucho sobre todo lo que había vivido en la vida, lo que realmente valía la pena y lo que le gustaría decirle a su familia. Le costó un par de noches escribir la carta, sin embargo, lo que realmente le costaba trabajo era decidir si la mostraba o no, para eso, tuvieron que pasar algunas semanas y varios intentos fallidos de destruirla, hasta que, un buen día, decidió llamar a aquel hombre que la había inducido a escribir la carta. El hombre quedó en visitarla la siguiente semana, le dijo que no importaba si no quería mostrar la carta, que podían platicar de otras cosas.

A la semana siguiente, como habían acordado, aquel hombre se presentó en la casa de Guillermina. Ella ya lo estaba esperando sentada en su sillón azul marino mientras tomaba un café de olla. Se saludaron con un cariño como el de dos seres queridos que no se han visto en años. Durante la primera hora de la visita, platicaron y bromearon sin parar, hasta que, de repente, Guillermina decidió sacar la carta que tenía debajo de su cama. Ambos sabían que estaban ahí por esa carta, Guillermina que se moría por mostrarla y aquel hombre por escucharla. Ella le contó a aquel hombre de todas la veces que pensó que escribir aquella carta era una tontería y todas las veces que de entre sus manos pensó en cortarla por la mitad, sin embargo, no podía, sabía que tenía que mostrarla a su familia, que no podía partir sin antes decirle a sus hijos todo lo que sentía, sabía que debía hacerlo ella misma, aunque le temblara todo el cuerpo y enmudeciera de los nervios, para ella, leerles a sus hijos la carta era su último deseo en la vida y que necesitaba de él para apoyarla a no echarse atrás.

Doña Guillermina había citado a sus hijos ese día, la euforia y los nervios la invadían pero su determinación ya la tenía. Entró a la sala de la casa sostenida del brazo por su amigo, ahí ya la estaban esperando con asombro y expectación todos sus hijos y con un esfuerzo que parecía quitarle hasta el último suspiro, comenzó a leerles, entre algunas lágrimas, la carta que les había hecho pidiéndole su último deseo en la vida.